

doble monumento, y el paganismo se muestra en él con sus dos caracteres distintivos, la crueldad y la voluptuosidad. Siguiendo aquellas hermosas aguas, cuya pureza y transparencia me hacían recordar los riachuelos de la Suiza, recorrimos todo el jardín de la Fuente, verdadero *Luxemburgo* de Nîmes, y llegamos á la *Casa Cuadrada*.

Este templo, que por su construcción ocupa el primer rango entre nuestras ruinas romanas, forma un paralelogramo apoyado sobre treinta columnas estriadas de una buena arquitectura. Colocado en medio de un *forum*, este monumento fué según todas las apariencias, edificado por Agrippa y dedicado á Augusto. Pero después de la muerte del joven Marcelo, habiendo adoptado Augusto á los hijos de Agrippa su yerno á quienes dió el título de Césares, se cree que les fué consagrado este templo. Tal parece ser el sentido de la siguiente inscripción:

C. Caesare Augusti F. Cos. Lucio Caesari augusti
F. Cos. Designato, Principibus Juventutis.

"A. C. César hijo de Augusto, cónsul.

A. Luciano César "hijo de Augusto,
cónsul designado, príncipes de la juventud."

La Casa Cuadrada, que sirve hoy de museo y de galería, ofrece una notable colección de antigüedades. Los bustos de mármol, los sarcófagos de granito, las pequeñas estatuas de bronce de las divinidades paganas, son allí muchas y bellas. Entre las piedras sepulcrales, advertí aquella cuya inscripción comienza por estas palabras: *Pax aeterna*. Hasta en los trofeos de la muerte intentaban grabar los paganos el dogma social de la inmortalidad. A la cabeza de los cuadros se muestra *Cronwell* abriendo la tumba de *Carlos I*. Bien pronto el espectáculo del rejicida, inmortalizado sobre el lienzo, dió lugar á un recuerdo no ménos espantoso,

grabado sobre la piedra. En las cercanías de la Casa Cuadrada, se eleva el anfiteatro en que se derramaron olas de sangre humana para la diversión del pueblo-rey. Mejor que todo lo que hemos observado, las arenas de Nîmes, atestiguan por su perfecto estado de conservación y por sus colosales proporciones la crueldad y poder de los romanos. Cuando estais allí, en medio de aquel vasto recinto de paredes diez y siete veces seculares, por poco que impongais silencio á vuestra preocupación del momento, ¡qué multitud de recuerdos y de imágenes os asaltan! A vuestro alrededor, desde el *podium* hasta la galería superior, os parece ver sentados sobre las gradas á aquellos treinta mil espectadores ávidos de sangre, oír sus prolongados aplausos á la caída de cada víctima, los desgarradores gritos de los heridos, el estertor de los moribundos, los aullidos de los leones y de los tigres, el chis chas de las espadas, ó la bocina de los gladiadores que introducían á la arena un esclavo desgraciado, un cristiano tal vez, ó alguna nueva bestia cuyo porte y extraordinario furor van á dar un instante de convulsiva alegría á aquel pueblo enajenado; y vuestro corazón se oprime, y á la noche siguiente sueños espantosos os turbarían, si no viniese á dormir todos los otros sentimientos el reconocimiento hácia Dios que ha librado al mundo de tanta barbarie.

El órden de nuestras correrías nos hizo pasar de las *Arenas* á la prisión central ocupada por los hermanos de la Doctrina cristiana: esta intermediación nos pareció muy buena. Ver repentinamente en presencia uno de otro, al paganismo y al cristianismo en su espíritu y en sus obras, ¡qué mejor medio de apreciarlos y de llegar sin gran esfuerzo de lógica á las siguientes conclusiones! Bajo el imperio del paganismo, profundo desprecio á la humanidad; bajo el reinado del cristianismo,

respeto religioso aun para el culpable; en las arenas, egoísmo y crueldad; en la prisión, desinterés y caridad; allá, asesinato del inocente por el culpable; acá, consuelo del criminal por el inocente; allá, gritos de alegría al espectáculo del dolor; acá, lágrimas de compasión á vista del sufrimiento; allí, el débil, el pequeño, el prisionero cargado de cadenas é inmolado por el fuerte y poderoso; aquí, el fuerte y el poderoso convertido en servidor del pobre y del pequeño; allí, gladiadores; aquí, hermanos. En cuanto á la razón de este fenómeno moral, siempre subsistente, ¿quereis conocerla? levantad la vista: en las arenas, Júpiter y Venus, el águila y las haces consulares; en la prisión, Jesús y María, la paloma y la cruz. ¡Esto es todo!...

6 DE NOVIEMBRE.

Arlés.—Saint-Trophime.—Los Claustros.—San Cesáreo.—El teatro.—El anfiteatro.—Los concilios.—San Genés.

De vuelta á Beaucaire, fué necesario á toda prisa ganar el puerto, hácia el cual se precipitaba la multitud de viajeros. La campana del *Papin* había sonado ya, y su chimenea lanzaba á lo lejos una ancha columna de blanco humo, señal de próxima partida. A las ocho estábamos en plenas aguas, el cielo soberbio, y el Ródano tranquilo; de suerte, que á las diez abordábamos á Arlés, después de haber salvado una distancia de seis leguas. Las circunstancias nos obligaron á permanecer en aquella ciudad hasta la mañana del siguiente día, y de ello me dí los parabienes.

El filósofo que sin salir de Francia quisiera hacer un curso completo de meditaciones, sobre las revoluciones de las cosas humanas, no podría hacerlo mejor que fi-

jando su morada en la antigua ciudad arlesiana. Los griegos, los romanos, los Bourguignonos, los Godos, los Sarracenos, los Francos, ¿qué sé yo? veinte diversos pueblos han removido á su turno con sus manos y humedecido con su sangre, ese suelo cubierto todavía con los monumentos de su poder. En otro tiempo, templos, edificios, palacio, forum, anfiteatros, ciudadelas; en el presente, esos monumentos se han convertido en lo que llegan á ser á la larga todas las obras del hombre, en ruinas; por esto mismo son como me lo parece, más elocuentes. Añadid que el pueblo, guardian de ese gran sepulcro, es un pueblo aparte. El Arlesiano difiere en vestido, lenguaje y costumbres de las poblaciones vecinas; se diría que se acuerda de su pasada gloria y que quiere permanecer en ella.

Sin embargo, entre todos estos rotos poderes, hay uno que sobrevive y que ha sabido imprimir allí, como en todas partes, un sello de inmortalidad á sus hombres y á sus monumentos; es el cristianismo. Después de tantos siglos, Arlés conserva un religioso recuerdo de Trophime, de Cesáreo, de Genés. El primero era un pobre discípulo de un fabricante de tiendas llamado Pablo, que desde la prisión en que estaba encadenado en la gran Roma, menospreciaba el poder de Nerón, hacia bambolear en sus altares á los dioses del Capitolio y enviaba discípulos para la conquista del mundo. Arlés tocó á Trophime, y el joven apóstol, secundando maravillosamente los designios de su maestro, alcanzó someter al imperio de la cruz una parte de la Gaula meridional. 1

Alojados en un hotel, edificado tal vez sobre la basílica del foro, como parecen indicarlo dos antiguas columnas colocadas en la fachada, estábamos á dos pasos de la

1 Mamachi. Orig. et antiquit. christian, tom. II, lib. 2, pág. 266.

bella iglesia de San Trophime; ella recibió nuestra primera visita. El pórtico, romano puro, nos hubiera detenido largo tiempo á no haber estado ávidos de estudiar los célebres claustros encerrados en la antigua casa de los canónigos regulares. Estos claustros de mármol, son de un trabajo exquisito. El corte de los arcos, la pureza del ornato, la forma de las ojivas, nada dejaban que desear: las columnillas en que descansan los arcos (abovedados) presentan las formas más graciosas, y están unas con otras enlazadas de follaje ó cubiertas de esculturas sagradas. Entre tantas riquezas, se admira la Adoracion de los Magos y la Huida á Egipto.

Ya en la iglesia, veneramos las reliquias del apóstol de Arlés, depositadas en un magnífico altar. El glorioso discípulo de san Pablo da principio á la larga cadena de los pontífices arlesianos, de la cual el ilustre Cesáreo fué uno de sus más brillantes anillos. Admirador de San Agustín, y como él azote del pelagianismo, llegó á ser también émulo de su heroica caridad. En 507, después de un obstinado sitio, Arlés se inundó, por decirlo así, de tal número de prisioneros, que con ellos se llenaron las iglesias. Cesáreo, compadecido de la suerte de aquellos desgraciados que carecían de las cosas más necesarias, agotó, para consolarles, no su patrimonio, que mucho tiempo antes era ya propiedad de los pobres, sino el tesoro de la catedral. Hizo fundir los adornos de plata que estaban en las rejas y pilares, así como los incensarios, cálices y patenas. Todo aquello se vendió, y su precio fué empleado en cubrir las necesidades de los cautivos. A los ojos de aquel sarto hombre, aquel despojo heroico era una cosa muy sencilla. «Nuestro Señor, decía él, solo tuvo vasos de barro para hacer la última cena; no tengamos escrúpulo en dar estos preciosos vasos para el rescate de aquellos

que él ha rescatado con su propia vida.»

Al salir de la iglesia, en donde estos buenos y suaves pensamientos dilatan el corazón, se pasa á una atmósfera muy diferente. Apenas se andan veinte pasos, y se os presenta el paganismo griego y romano en medio de sus ruinas, como un espectro empapado en sangre y libertinaje. Hé ahí el teatro con muchas columnas de mármol todavía en pié, su proscenio y su hemicyclo bien marcados; en seguida el anfiteatro, más grande, pero menos intacto que el de Nimes, con excepcion del *podium*; en fin, los Campos Elíseos, cuyos vacíos sarcófagos recuerdan tristemente que el hombre no puede alcanzar la inmortalidad de la tumba. En los confines de esta desolada llanura, se eleva, rodeada de verdes árboles, la soberbia iglesia de la Mayor, el orgullo y amor de los arlesianos; podría llamarse un Paris en medio del desierto.

Entre los grandes recuerdos religiosos que trae á la memoria la antigua metrópoli de la Gaula Narbonesa, es preciso dar lugar al de los cuatro Concilios de que fué testigo. El primero, habido en 314, se remonta á los primeros días de la paz dada á la Iglesia, y prueba cuán segura de sí misma estaba esta divina sociedad, pues convocaba á sus jefes en asamblea solemne á los mismos lugares en donde humeaba todavía la sangre de sus mártires. A algunos pasos de la ciudad, sobre los bordes del Ródano, vimos el lugar en donde san Genés había sufrido el martirio, pocos años antes de la congregacion del célebre Concilio. Maximiano Hércules viene á Arlés, y su primer cuidado es mandar promulgar el sangriento edicto de persecucion, fijado poco tiempo antes en los muros de Nicomedia, y bárbaramente ejecutado en toda la extension del imperio. Genés, escribano público, es llamado

para autorizarlo. Se rehusa á hacerlo, y busca su salvacion en la fuga. Aprehendido por los verdugos, muere; pero ha vencido; su mano no ha escrito, y quince siglos de gloria son el principio de la recompensa de su noble valor.

7 DE NOVIEMBRE.

El mar.—Nuestra Señora de la Guardia.—Lázaro.—Marsella.—El Puerto.—El Hotel de Oriente.

A las cinco de la mañana me dirigí á la iglesia de San Trophime para celebrar allí la misa. Apenas se habia renovado el sacrificio en el altar del mártir, cuando nos fué preciso correr á la ribera y tomar lugar en un buque mercante, entre los toneles, fardos y montones de corlajes embreados. Ese día, el *Dos Vapores* bajaba á Marsella. A las seis se levaron anclas; el frío era vivo, y la atmósfera impenetrable de humedad destilaba una lluvia fina que nos penetraba hasta los huesos. Además, nada de salón ni gabinete para ponernos al abrigo. ¿Qué distraccion esperar de un viaje comenzado con tales auspicios? Nuestros temores, sin embargo, no eran fundados: la espesa niebla se disipó rápidamente, el cielo se mostró á poco en toda su fuerza, y el día fué magnífico. Hacia las nueve entramos en mar, y á poco se perdió de vista la costa. Cuando por la primera vez se muestra la inmensidad á vuestras miradas, produce en el alma yo no sé qué sobrecojimiento, cuya naturaleza es difícil caracterizar. Aunque fuese el mayor monarca, el hombre se ve reducido á las proporciones de un átomo imperceptible, perdido en el infinito: el firmamento sobre su cabeza, el mar bajo sus piés, abismos igualmente insondables, que le hacen sentir vivamente su propia nada, y toda la grandeza de Dios. Para añadir todavía, co-

mo contraste á la solemnidad de la escena, una compañía de golondrinas de mar seguían el buque que hendía la llanura, veloz y majestuosamente. Estos pájaros pescadores, del tamaño de nuestras perdices, son de un blanco de nieve que contrasta bien con el azul de las olas; por lo demás, nada es tan gracioso como su vuelo. Sucesivamente rápido, oblicuo ó vertical, traza en los aires una multitud de laberintos cuyos sabios contornos ocupan agradablemente la vista é interrumpen la monotonía del viaje.

Sin embargo, comenzaba á hacerse sentir el vaiven; el navío se asemejaba á un columpio ajitado y producía la misma sensacion. No tardaron las cabezas en entorpecerse, y las náuceas en venir: llegaba el cuarto de hora de Rabelais. Nosotros procuramos preservarnos, ya andando á grandes pasos en la parte libre del puente, ya permaneciendo de pié cerca de la chimenea en el centro del buque, donde es menos sensible el movimiento. Gracias á estas precauciones, mis jóvenes amigos y yo nos vimos libres del mareo. Méenos felices eran una dama alemana y su hija. ¡Desgraciadas! las vimos palidecer poco á poco, respirar ansiosamente, y sentir, por fin, durante mas de una hora, en presencia de toda la tripulacion, los accidentes conocidos del mareo. Viajaban para el Africa. ¿Cómo habia sido su larga travesía de Tolon á Gigelly?

Cerca de las diez, se distinguieron en lontananza, á través de una especie de nube diáfana, las áridas montañas que rodean la bahía de Marsella. A la derecha se elevaba el castillo de If, cerca del cual cumplen su cuarentena los navíos que vienen del Levante. Del mismo lado, pero en el continente, aparecía levantada en la cima de un monte Nuestra Señora de la Guardia, capilla célebre dedicada á la estrella del mar, protectora de los marinos,

¿Cómo no saludarla con amor y reconocimiento? A ejemplo de tantos otros, nuestros enternecidos corazones encontraron para ella palabras filiales; porque ¿quién contará los votos y las oraciones que los siglos pasados han visto ofrecer á María en este santuario religioso, por las madres, las hermanas, las esposas, los hijos de los navegantes? Hoy todavía, Nuestra Señora de la Guardia es para los Marselleses una peregrinación piadosa, á la cual se sabe por un alegre paseo sombreado de verdes árboles, cosa rara en el país de Provenza.

Ya estábamos en las aguas de la ciudad comerciante. Además, entre las innumerables embarcaciones que las habían surcado después de dos ó tres mil años; entre todas las tripulaciones tan diferentes en religión, hábitos, costumbres, riquezas, intereses, al bajar á aquellas célebres riberas, un solo buque sin aparejos, montado por una pobre tripulación, abordando penosamente, hace diez y ocho siglos, al puerto de la ciudad foceana, tuvo el privilegio de fijar nuestros recuerdos. ¿Cuál era este buque? ¿de dónde venía? ¿qué pasajeros llevaba á bordo? ¡Escuchad la historia! Lázaro resucitado en las puertas mismas de Jerusalem, por el Salvador, poco tiempo antes de su pasión, fué para los judíos un testigo de tal manera importuno de la divinidad de su libertador, que resolvieron darle muerte. La Providencia hizo fracasar su proyecto. Después de la ascensión del Hombre-Dios, Lázaro llegó á ser uno de los más elocuentes predicadores de su doctrina, y el odio del pueblo deicida se encendió más implacable que nunca. El milagroso apóstol, sus hermanas y algunos de sus amigos, fueron arrojados á la prisión, juzgados y condenados. Para aniquilar hasta la memoria de su nombre, el sanhedrin inventó un suplicio muchas veces repetido en la historia de los mártires;

fueron conducidos á la orilla del mar, y expuestos á merced de las olas sobre una embarcación medio destruida y rota, sin provisiones, sin vela, sin mástil y sin timón. Pero aquel, por cuyo amor sufrían, que alimenta á los polluelos de los cuervos, y que manda como Señor á los vientos y á las tempestades, se encargó de ser á la vez el alimentador de la tripulación y el piloto del buque. Bajo su conducción paternal, la colonia de mártires abordó felizmente á las costas de Provenza y descendió á Marsella, en donde Lázaro fué el primer apóstol y el primer obispo. ¹

Acababan de dar las once, cuando salíamos la estrecha entrada del puerto, teniendo á la derecha el fuerte de San Nicolás, y á la izquierda el fuerte de San Juan con la esplanada de la Tourette y el Lazareto; pero no se gozó de la vista del puerto, colocado en el interior de la ciudad, sino después de haber entrado en él. Nos pareció literalmente como una vasta selva, en que los mástiles y cordajes de los navíos formaban los árboles y las ramas. Se contaban allí, el día de nuestro arribo, mil ochocientos navíos de todas naciones. Entre estas inmóviles masas resbalan rápidamente, y en todos sentidos, ligeras embarcaciones con elegantes asientos, cubiertas de pabellones de variados colores, y ocupadas por curiosos ó por los marinos del lugar, que se disputan á grandes gritos el honor de llevaros á bordo. Solo tuvimos el embarazo de la elección; digo mal, no se nos dejó libertad para escoger. Cuatro ó cinco *cocheros de agua*, de nervudos brazos, de sucio rostro, nos llevaron á viva fuerza y nos colocaron en su naveilla. Mediante un franco por cabeza, fuimos depositados, algunos mi-

¹ Esta hermosa tradición está fundada en todos los géneros de prueba, que una crítica imparcial tiene derecho á exigir. Véase los *Boltandistas* t. V; Jullii.

nutos más tarde, equipajes y viajeros, en la oficina de la aduana. Nos visitaron en forma, y nos dirijimos hácia el hotel de Oriente.

¡El hotel de Oriente! Es lo que se puede imaginar de más elegante, de mejor servido, y para aplicar el lenguaje moderno, es lo más confortable y lo más pashionable. Yo no sé cuantos criados con librea están á vuestras órdenes y después de vosotros. Por supuesto que habeis comprendido que á él llegan todos los grandes personajes. María Cristina de España habia pasado allí tres semanas haciendo un gasto de 1,700 francos por día. Kaid-Pacha, embajador de la Puerta en Londres, estaba allí *con nosotros*, ó para hablar menos turco, nosotros estábamos *con él*. Dos horas después de nuestra llegada, se nos vino á suplicar, tan políticamente como era posible, que cediésemos nuestras habitaciones para el séquito de Reschid-Pachá, embajador otomano en Paris. Esto no debe admirar. En los hoteles, como en el mundo, gracias á la prosperidad siempre creciente de la moral pública, todas las diferencias de religión y de carácter se borran ante la fortuna. No se pregunta cuanto vale un hombre, sino cuanto deja.

8 DE NOVIEMBRE.

Marsella.—Iglesia.—Establecimientos de la caridad.—Anécdotas.—Capuchinos.

Visitando á Marsella, se observa con asombro que la mayor parte de las iglesias están lejos de corresponder á la opulencia de la ciudad y á la piedad de los habitantes. Por lo demás, no se puede entrar en alguna sin experimentar yo no sé qué sentimiento extraordinario, despertado por el recuerdo del heroico Belzunce, cuyo nombre y virtudes repite á su

manera cada santuario. Casi á su pesar, el extranjero se encuentra bien dispuesto en favor de una población que así conserva la memoria del corazón, de tal manera, que el santo obispo parece haber legado á su ciudad querida una parte de su tierna compasión hácia los desgraciados. En efecto, á los ojos del observador cristiano, la verdadera gloria de Marsella, la prenda más segura de su felicidad, no es ni su riqueza, ni su actividad comercial, duplicada después de la conquista de la Arjela, sino la caridad verdaderamente cristiana, que acoge y multiplica en su seno los establecimientos útiles. Preservar del contagio la parte de la generación que está todavía virgen; curar la que ha recibido ya el jermen del mal; combinar la doble ley del trabajo y de la caridad, á fin de matar la pereza y el egoismo, tal es en su más simple expresión el gran problema que atormenta á nuestra época. ¡Honor á Marsella, que pide la solución en el cristianismo, el único economista capaz de darla eficaz y completa! ¡Honor al esclarecido varón ¹ que prosigue este noble objeto con una abnegación digna de todo elogio! ¡Ojalá tenga en Francia muchos imitadores! A cualquiera que sienta el noble y piadoso deseo de cicatrizar algunas de las llagas de la sociedad, pueden servirle de modelo para darle ánimo, las escuelas de niños y de adultos, el hospicio de huérfanos, la obra de la juventud cristiana y las penitenciarías de Marsella.

Acabando de visitar uno de esos preciosos establecimientos, atravesé las principales calles de la risueña ciudad, y especialmente la *Cannestiere*, orgullo de los marselleses. Esta calle, á pesar de ser tan famosa, no tiene de notable más que su extrema longitud. En el mismo camino recibí una muestra de la vanidad meridional. Por las diferentes preguntas que le

¹ El abate Fissiaux.

dirijí, se apercibió mi cochero de que yo era foráneo; quiso sin duda acomodarme algunas respuestas á su modo. Entre otras cosas, le pregunté cual era la poblacion de la ciudad. Sus afectados labios se abrieron súbitamente como dos resortes de acero, y me lanzaron la estadística siguiente: ¡¡ Un millon quinientas mil almas!!! Iba yo á responderle á carcajadas, como Lafleur á su señor: *Pero eso es demasiado fuerte*. Me contuve, sin embargo, y cuando me sentí bastante dueño de mí mismo, le dije con un aire sorprendido: *¿Nada más?* Jamas he visto un hombre más embarazado; se apresuró á responderme entre dientes: *No señor*. En seguida dió un gran latigazo á su caballo, y no despegó ya los labios.

Seguia yo aun conducido por tan digno faeton, cuando mi vista se fijó con gusto en dos padres capuchinos, con toda la magnificencia de su barba y de sus hábitos. Ver en 1841, en tierras de Francia, en una de nuestras más grandes ciudades, á unos capuchinos, y capuchinos ocupados en edificar una bonita iglesia, lo que anunciaba por su parte la intencion de radicarse entre nosotros, esto me pareció verdaderamente fabuloso. Me acordé entónces de la prediccion de uno de sus padres, á quien habíamos encontrado en Lucerna en 1833, y que nos decia: *« Ya hemos ganado en Francia la causa de nuestra barba; vereis como ganaremos algun dia la de nuestra capilla. »* ¡Cúmplase su profecía! Este voto está en el interes de todos. Más por su ejemplo que por su palabra, el capuchino, amigo del pueblo y pobre como él, enseña al desgraciado á amar, ó al ménos á soportar sin murmuracion sus privaciones y su pobreza. ¿Quién puede contar todas las ambiciones que los humildes hijos de San Francisco han extinguido en las clases inferiores? Aun vos otros, todos los que teneis algo que per-

der, convenid en que á veces dormiríais más tranquilos en vuestras doradas habitaciones, si los buenos padres, esparcidos como ántes en nuestras ciudades y campiñas, enseñasen todavía á vuestros obreros y labradores, que deben amar á sus amos, respetar la propiedad de otro y contentarse con la condicion en que han sido puestos por Dios.

9 DE NOVIEMBRE.

Camino de Marsella á Tolon.

A las diez de la mañana, con un calor como de Junio, partimos para Tolon, en compañía de un oficial superior, que pertenecia al ejército de Africa. Su rostro franco, la dulzura de sus miradas, la brusca franqueza de sus maneras, nos previnieron desde luego en su favor: esta primera impresion no nos engañó. La conversacion viva, variada y pintoresca de este bravo militar, viejo soldado del imperio, y orijinal en su jénero, no contribuyó poco á salvarnos de la enfadosa monotonia del camino. Figuraos un camino cubierta de polvo, trazado entre dos cadenas de montañas sin vejetacion, excepto algunos achaparrados pinos esparcidos acá y acullá sobre pedregosas crestas, como para hacer resaltar mejor la estéril desnudez del suelo; de distancia en distancia, al pié de aquellas altas colinas, algunas pequeñas lenguas de tierra, plantadas de viñas, cuyas hojas vencidas caian en tropel, pulverizándose por los piés de los caballos; añadid á esto algunos alcaparros cubiertos de montones de tierra, semejantes á gruesos panes de azúcar; os lo repito, figuraos bien este paisaje, y pensad que á su extremo está Tolon, la ciudad de los presidiarios: en seguida defendeos, si podeis, de una indefinible melancolia.

Dos leguas mas acá de Tolon, atraviesan el camino los desfiladeros de Oullioul, famosos por numerosos asesinatos. Están en la cadena de montañas, que abrigando esta parte de Provenza contra los vientos del Norte, hacen de ella la Italia y el Portugal del reino. Además, sin tardarse mucho, se rodean soberbios jardines, los primeros en que háyamos visto naranjos plenamente desabrigados con naranjas en perfecta madurez. Admirar sin reserva esos hermosos frutos cuyo color de auro-
ra se desprende tan naturalmente del verde follaje del árbol que las contiene, tal fué nuestro primer sentimiento. El segundo, debo confesarlo, fué ménos noble; la caravana sin excepcion cometió el pecado de deseo. A no haber cedido al atractivo del fruto prohibido, no me atreveria á decirlo; por otra parte, no vayais á creer que nuestra descendencia de Eva era la causa primera de nuestros ardientes deseos. La sed devoradora causada por el calor y el polvo tuvo en ello mucha parte.

Por lo demas, no tardamos en volver á mejores sentimientos. El tormento que experimentábamos nos hizo dar muy sentidas acciones de gracias á la Providencia, que ha colocado en los diversos climas los frutos mas convenientes á los habitantes. Mas refrescante y ménos sustancial que la manzana ó la pera, la naranja es el fruto de los paises calientes: se puede comer á menudo y mucha, sin saciarse. Y hé ahí que se ofrecen en abundancia al habitante del mediodia constantemente calentado por los rayos de un sol abrasador, reflejados por arenas todavía mas ardientes. « Pero, de dónde viene, preguntó el bravo comandante, que al lado de la naranja, del limon, del naranjo, de la granada, etc., los paises calientes producen todo lo que hay de mas caliente, la pimienta, la canela, el pimiento? Esos frutos deberian hallarse mejor en

Siberia.—El problema, se le respondió, no es difícil de resolver. Desde luego vos sentis como nosotros, comandante, que el calor enerva, agobia y produce abundantes sudores que traen consigo una notable pérdida de fuerzas. Además, quita el apetito; y es sabido que los pueblos meridionales, son jeneralmente mas sobrios en alimentos que los habitantes del Norte. Para restablecer el equilibrio y dar movimiento á los órganos, se necesitan los tónicos; esta es la razon porque abundan en las zonas tropicales.—Pero por fin, ¿calientan?—Por error tan solo, comandante, acusamos á la pimienta y al pimiento de semejante efecto. En los paises para que han sido criados, lejos de calentar, refrescan mucho mas que nuestras nieves y jarabes.—¡Bah!—Aunque os parezca absurdo, ello es cierto. Y se le dieron de este hecho las explicaciones conocidas 1.

1 Las he encontrado mas tarde en este curioso pasaje de una carta escrita en la India por uno de nuestros misioneros franceses. «¿Tal vez imagináis que bajo los fuegos ardientes del trópico, somos de cierto devorados por la sed? No, en verdad: fuera de la comida no me da gana de beber. Lo debemos á nuestro régimen alimenticio. ¿Es acaso muy refrescante? vais á decirme. Es al contrario, segun vuestras ideas, el alimento mas irritante: el arroz, que hace lo principal, va siempre acompañado de una salsa compuesta de pimiento, pimienta, tamarindo y otras especias, mas fuertes unas que otras. Al principio, una cucharada de cada mezcla os quema el paladar; pero bien pronto se habitúa uno á ello de tal modo, que sin este extraño sazón, se comeria con disgusto y no se haria la digestion. Aquí, cuando se quiere refrescar alguno ó tomar una bebida benéfica, tal por ejemplo, como la que dariais á un convaleciente, se bebe una taza de agua en la que se cuece una buena cantidad de pimienta. Cuando yo estaba en Francia, pensaba algunas veces conseguir refrescarme bebiendo agua en una clara fuente. ¡Si yo encontrara tales manantiales en la India! Pues bien, las encontraríamos á cada paso y no las gustaríamos. El agua fresca seria mortal; la buena agua, la que ciertamente refrijera, es la de los estanques ó de los riachuelos expuestos constantemente al ardor del sol.—Anales de la Propagacion de la Fé.—Núm. 107, páj. 337.